

## EUROPA Y EL ISLAM\*

**E**n ocasiones se olvida que el contenido de la historia, el trabajo de los historiadores, lo constituye el pasado, no el futuro. Recuerdo haber asistido a una reunión internacional de historiadores en Roma, donde un grupo comenzó a debatir sobre si deberían los historiadores tratar de predecir el futuro. Argumentamos sobre este tema con respuestas diferentes e incluso opuestas. Esto sucedió en la época en la que la Unión Soviética todavía existía y gozaba de buena salud. Uno de nuestros colegas soviéticos finalmente intervino y dijo, “en la Unión Soviética, la tarea más difícil para los historiadores es predecir el pasado”.

No pretendo ofrecer predicciones acerca del futuro de Europa o del Islam, pero hay una cosa que sí se puede esperar legítimamente de un historiador: identificar las tendencias y los procesos. Observar las tendencias del pasado, que continúan en el tiempo presente, y por lo tanto ver las posibilidades y elecciones que se nos presentarán en el futuro.

Al tratar con el mundo islámico existe una razón especial para prestar atención a la Historia, y es que se trata de una sociedad con una inusual y aguda conciencia histórica. A diferencia de lo que ocurre en América y cada

---

Bernard Lewis es titular de la cátedra Cleveland E. Dodge de Estudios de Oriente Medio en la Universidad de Princeton. Especialista en Historia del Islam y de sus relaciones con Occidente, Lewis es autor de una veintena de libros y de innumerables artículos sobre su materia.

\*Europe and Islam by Bernard Lewis. Copyright© AEI, Washington, D.C., 2007 all rights reserved.

Traducción de Estefanía Pipino

vez más en Europa, en tierras islámicas, especialmente en Oriente Medio, el conocimiento histórico desde el advenimiento del Islam en el siglo XVII es algo generalizado, exhaustivo, y aunque no siempre exacto, sí es intenso y detallado. Durante la guerra que tuvo lugar entre 1980 y 1988 entre dos potencias musulmanas, Irak e Irán, la propaganda de guerra de ambos bandos, dirigida tanto a su propia gente como al enemigo, estaba repleta de alusiones históricas, no de sucesos históricos, sino de menciones rápidas y superficiales, en ocasiones tan sólo el nombre de una persona, lugar o suceso. Se utilizaron porque sus creadores sabían perfectamente que la gente las entendería, incluso esa parte significativa de la audiencia que era analfabeta. Muchas de las alusiones hacían referencia a sucesos del siglo XVII de la era cristiana, sucesos que todavía se recuerdan intensamente y que son profundamente significativos. Es esencial saber algo de historia para entender el discurso público de los líderes musulmanes actuales, tanto en casa como en el exilio, tanto en el gobierno como en la oposición.

Una de las tareas favoritas de los historiadores es dividir la historia en épocas, lo hacen más que nada por comodidad al enseñar o escribir. Sin embargo, hay momentos en la larga historia de la aventura humana en que realmente tuvo lugar un verdadero punto de inflexión, un gran cambio, el final de una época, el comienzo de una nueva. Cada vez estoy más convencido de que ahora nos encontramos en un momento así, un cambio en la historia comparable a la caída de Roma, el advenimiento del Islam y el descubrimiento de América.

Tradicionalmente, la historia moderna de Oriente Medio comienza al final del siglo XVIII, cuando un pequeño cuerpo expedicionario francés comandado por un joven general llamado Napoleón Bonaparte fue capaz de conquistar Egipto y gobernar en él con total impunidad. Supuso una sorpresa terrible que uno de los núcleos centrales del Islam pudiese ser invadido y ocupado sin prácticamente resistencia alguna. La segunda sorpresa aconteció unos años después con la partida de los franceses, provocada no por los egipcios ni por sus protectores, los turcos otomanos, sino por un pequeño escuadrón de la armada británica comandado por un joven almirante llamado Horatio Nelson, que expulsó a los franceses fuera de Egipto y los mandó de vuelta a Francia.

Estos sucesos tuvieron una profunda importancia simbólica. Desde el comienzo del siglo XIX en adelante, los núcleos del Islam dejaron de estar controlados en su totalidad por dirigentes islámicos. Estaban bajo la influencia directa o indirecta o, más frecuentemente, bajo el control extranjero de diferentes partes de Europa o, como ellos lo veían, de la cristiandad. No fue hasta ese momento cuando el hasta entonces desconocido nombre de “Europa” comenzó a utilizarse en el Oriente Medio musulmán, un cambio de terminología más que de connotación.

Las fuerzas dominantes en tierras musulmanas eran ahora fuerzas extranjeras. Eran las acciones y decisiones extranjeras las que conformaban sus vidas. Su poder de elección quedaba confinado a los rivales extranjeros. El juego político al que podían jugar, el único abierto para ellos, era el de intentar beneficiarse de las rivalidades entre las fuerzas extranjeras, tratar de utilizarlas en su contra. Esto se puede observar una y otra vez durante el siglo XIX y XX e incluso durante el comienzo del XXI. Se puede ver cómo, por ejemplo, durante la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría los líderes de Oriente Medio jugaron a este juego con diversos niveles de éxito.

Durante mucho tiempo, los aspirantes que competían por la dominación fueron las potencias imperiales rivales europeas: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Rusia, Italia. En la fase final del siglo XX, estas rivalidades adquirieron un contenido ideológico explícito –en la Segunda Guerra Mundial, los aliados contra el Eje; en la Guerra Fría, Occidente contra los soviéticos. Bajo el principio de “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” lo natural fue que los pueblos que estaban bajo el gobierno o la dominación extranjera se volvieran hacia los rivales imperiales, y más tarde también ideológicos, de sus dominadores. Esto queda patente observando las facciones pro-nazis y pro-soviéticas, en ocasiones con los mismos líderes, en los pueblos sometidos del imperio británico y francés. Es interesante observar que no parece que hayan existido movimientos pro-occidentales entre los pueblos musulmanes sometidos bajo el Gobierno soviético. Los soviéticos, incluso en la víspera de su caída, eran mucho más adeptos al adoctrinamiento y la represión que los abiertos imperios occidentales.

Pero este juego ha acabado ya. La era inaugurada por Napoleón y Nelson fue clausurada por Reagan y Gorbachov. Oriente Medio ya no está gobernado ni dominado por fuerzas extranjeras. Las sociedades orientales están atravesando por diversas dificultades para adaptarse a esta nueva situación, para asumir la responsabilidad de sus propias acciones y sus consecuencias. Recuerdo que una mujer iraní, amargamente crítica del Gobierno de su país, me preguntó por qué “las potencias imperiales habían decidido imponer un régimen islamista teocrático en Irán.” Pero ahora algunos están comenzando a asumir su responsabilidad, y este cambio ha sido expresado con la claridad y elocuencia característica de Osama bin Laden.

\*\*\*

Con la finalización de la era del dominio extranjero, vemos el renacimiento de ciertas tendencias antiguas y de corrientes profundas de la historia de Oriente Medio, que habían sido sumergidas o al menos ocultadas durante los siglos de dominio occidental. Ahora están regresando. Una tendencia consiste en las luchas internas –étnicas, sectarias, regionales– entre las diferentes fuerzas de Oriente Medio. Evidentemente, éstas también existieron durante la época imperialista, pero eran de menor importancia. Ahora están saliendo a la luz nuevamente y adquiriendo fuerza, como se puede comprobar con el choque actual entre el Islam sunní y el chíf, a una escala sin precedentes durante siglos.

Otro cambio más directamente relacionado con nuestro tema de hoy es el regreso de los musulmanes a lo que ellos consideran la lucha cósmica entre las dos religiones principales, el cristianismo y el Islam. Existen muchas religiones en el mundo, pero que yo sepa, sólo dos afirman que su verdad no sólo es universal (todas las religiones reivindican esto) sino que además es exclusiva: ellos –los cristianos en un caso, los musulmanes en el otro– son los privilegiados receptores del mensaje final de Dios a la humanidad, y que su deber es no guardárselo egoístamente, como los seguidores de cultos étnicos o regionales, sino comunicarlo al resto de la humanidad, eliminando todos los obstáculos que pudieran aparecer por el camino. Esta autopercepción, compartida por los cristianos y los musul-

manes, condujo a la larga lucha que ha continuado durante catorce siglos y que ahora está entrando en una nueva fase. En el mundo cristiano, que comienza ahora el siglo XXI de su era, esta actitud triunfalista ya no prevalece, sino que se encuentra confinada a unos cuantos grupos minoritarios. En el mundo islámico, que ahora se encuentra a principios de su siglo XV, el triunfalismo sigue siendo una fuerza significativa y ha encontrado fuerza de expresión en nuevos movimientos militantes.

Es interesante comprobar que en épocas tempranas, ambas partes durante bastante tiempo se negaron a reconocer esta lucha entre religiones, es decir, reconocer a la otra como una religión universal rival. Efectivamente, lo consideraban más bien como diferencias entre la religión, su propia fe única y verdadera, y los no creyentes o infieles (en árabe, *kafir*). Ambas partes, durante largo tiempo, prefirieron referirse al otro con términos no religiosos. El mundo cristiano se refería a los musulmanes con términos como moros, sarracenos, tártaros y turcos; incluso de los conversos se decía que se habían “hecho turcos”. Los musulmanes, por su lado, llamaban a aquellos pertenecientes al mundo cristiano romanos, francos, eslavos y términos similares. Fue sólo lenta y reticentemente que empezaron a designarse con términos religiosos, y aun así eran términos mayoritariamente inexactos y degradantes. En Occidente, lo habitual era referirse a los musulmanes como mahometanos, un término que ellos nunca usan para sí mismos; esto se basaba en la asunción totalmente falsa de que los musulmanes adoran a Mahoma, de la misma forma que los cristianos a Cristo. El término habitualmente usado por los musulmanes para referirse a los cristianos era el de nazarenos –*Nasrani*– que implica el culto local de un lugar llamado Nazaret.

La declaración de guerra llegó casi en los albores del Islam. Según una historia temprana, en el año 7 de la hégira, correspondiente al 628 D.C., el profeta envió seis mensajeros con cartas a los emperadores de Bizancio y Persia, al *negus* de Etiopía y a otros gobernadores y príncipes, informándoles de su advenimiento y exigiéndoles abrazar su fe o atenerse a las consecuencias. Se duda de la autenticidad de estas cartas proféticas, pero su mensaje es exacto en el sentido de que efectivamente refleja la visión dominante entre los musulmanes desde épocas tempranas.

Tenemos pruebas duras algo más tarde, y digo duras en el sentido más literal, a través de inscripciones. Una de las visitas más famosas de Jerusalén es una construcción extraordinaria conocida como la Cúpula de la Roca. Es significativa por varias razones, está construida en el Monte del Templo, un lugar sagrado para la tradición judeo-cristiana; su estilo arquitectónico es el de las iglesias cristianas más antiguas; es la construcción musulmana religiosa más antigua fuera de Arabia, data del final del siglo VII y fue construida por Abd al-Malik, uno de los primeros califas. El mensaje en las inscripciones de la mezquita es especialmente significativo: “Él es Dios, El Único Dios, El Absoluto, No engendró ni ha sido engendrado” (Corán, IX, 31-3; CXII, 1-3). Se trata de un desafío directo a ciertos pilares de la fe cristiana.

Curiosamente, el califa proclamó el mismo mensaje acuñando monedas de oro. Hasta ese momento, las monedas de oro acuñadas habían sido una prerrogativa de Roma, y más tarde de Bizancio, y los demás Estados, entre ellos el califato islámico, las importaban según su necesidad. El califa islámico por primera vez acuñó monedas de oro rompiendo así el privilegio inmemorial de Roma y poniendo la misma inscripción en las monedas. El emperador bizantino entendió el doble desafío y les declaró la guerra, sin consecuencias.

El ataque musulmán a la cristiandad y el conflicto resultante, que surgió más debido a las similitudes que a las diferencias, ha pasado por tres fases en este tiempo. La primera data del comienzo mismo del Islam, cuando la nueva fe viajó de la Península Arábiga, donde había nacido, hacia Oriente Medio y más allá. Fue entonces cuando las fuerzas musulmanas de Arabia conquistaron Siria, Palestina, Egipto y el norte de África; todo ello formaba parte del mundo cristiano en ese momento, y así comenzó el proceso de islamización y arabización. Desde ahí avanzaron a Europa, conquistando España, Portugal, Sicilia y las regiones colindantes del sur de la península itálica, convirtiendo todo ello en parte del mundo islámico, e incluso cruzaron los Pirineos y durante un tiempo ocuparon partes de Francia.

Tras una larga y amarga lucha, los cristianos lograron recuperar parte de los territorios perdidos. Lo consiguieron en Europa, y en cierto sentido Europa quedó definida por los límites de este éxito. No lograron re-

cuperar el norte de África ni Oriente Medio, quedando así perdidos para la cristiandad. Especialmente, no pudieron reconquistar Tierra Santa, cosa que intentaron a través de una serie de campañas conocidas como las Cruzadas.

Pero esto no fue el final del asunto. Entretanto, el mundo islámico, al no lograr conquistar Europa la primera vez, avanzaba hacia un segundo ataque, conducido esta vez no por los árabes y moros, sino por los turcos y tártaros. A mediados del siglo XIII los conquistadores mongoles de Rusia se convirtieron al Islam. Los turcos, que ya habían conquistado la hasta entonces cristiana Asia Menor, avanzaron hasta entrar en Europa y en 1453 capturaron la antigua ciudad cristiana de Constantinopla. Conquistaron los Balcanes y durante un tiempo gobernaron la mitad de Hungría. Dos veces lograron llegar hasta Viena, sitiándola en 1529 y nuevamente en 1683. Los corsarios berberiscos del norte de África, muy conocidos por los historiadores de Estados Unidos, atacaban Europa occidental. Llegaron hasta Islandia en 1627 –la frontera más lejana– y a varios lugares de Europa occidental, incluyendo especialmente un ataque a Baltimore (la original, en Irlanda) en 1631. En un documento contemporáneo tenemos una lista de 107 cautivos que fueron trasladados desde Baltimore a Argelia, incluyendo a un hombre llamado Cheney.

Nuevamente Europa contraatacó, esta vez con más rapidez y éxito. Los cristianos lograron recuperar Rusia y la Península Balcánica y avanzar a tierras islámicas, persiguiendo a sus otrora gobernantes hasta su lugar de origen. Para esta fase del contraataque europeo se acuñó un nuevo término: imperialismo. Cuando Asia y África invadieron Europa no fue imperialismo. Cuando Europa atacó Asia y África sí que lo fue. Esta noción funcionó como doble fuente de inspiración, de resentimiento por un lado, de culpa por otro. Occidente, sin duda debido a su herencia judeo-cristiana, tiene una larga tradición de culpa y autoflagelación. Los términos imperialismo, machismo, racismo son todos occidentales, no porque los haya inventado Occidente, pues forma parte de nuestra herencia común humana y tal vez también animal, sino porque fue Occidente el primero en identificarlos, denominarlos, condenarlos y luchar contra ellos con algo de éxito.

Este contraataque europeo dio comienzo a una nueva fase que llevó la dominación europea al corazón mismo de Oriente Medio. Se completó tras la Primera Guerra Mundial; finalizó tras la Segunda Guerra Mundial. En nuestro tiempo, hemos sido testigos del final del dominio europeo, incluido el ruso, sobre las tierras del Islam.

Osama bin Laden ha comentado mediante unas proclamaciones y declaraciones muy interesantes su visión sobre la guerra de Afganistán de 1978-1988 que, como se recordará, condujo a la derrota y retirada del Ejército Rojo y al derrumbamiento de la Unión Soviética. Tendemos a considerar esto como una victoria occidental, en particular una victoria americana en la Guerra Fría contra los soviéticos. Para Osama bin Laden no fue nada de esto. Fue una victoria musulmana en una *yihad* contra los infieles. Si uno observa lo que sucedió en Afganistán y lo que tuvo lugar después, esto no es una interpretación inverosímil.

Según la visión de Osama bin Laden, el Islam había alcanzado su mayor humillación en la larga lucha que aconteció tras la Primera Guerra Mundial, cuando el último de los grandes imperios musulmanes, el Imperio Otomano, fue desmembrado y la mayor parte de sus territorios divididos entre los aliados victoriosos, y cuando el califato fue abolido y suprimido y el último califa exiliado por turcos laicos y prooccidentales. Este punto parecía el más bajo de la historia musulmana.

Según su percepción, la milenaria lucha entre los verdaderos creyentes y los no creyentes había atravesado varias fases, en la que los primeros fueron liderados por varias dinastías de califas, y los últimos por varias potencias imperiales cristianas sucesoras de los romanos en el liderazgo del mundo de los infieles: el Imperio bizantino, el Sacro Imperio Romano, los imperios británico, francés y ruso. En esta fase final, dice, el mundo de los infieles estaba dividido entre dos superpotencias rivales que se lo disputaban, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Los musulmanes se habían enfrentado y habían derrotado al más peligroso y mortífero de los dos. Encargarse de los blandos, mimados y afeminados americanos sería cosa hecha.



Esta creencia pareció confirmarse en la década de los 90 cuando el mundo fue testigo de los ataques que se sucedían contra las bases e instalaciones americanas sin prácticamente ninguna respuesta efectiva, únicamente palabras de enojo y caros misiles que se despachaban a lugares remotos e inhabitados. Las lecciones de Vietnam y Beirut (1983) fueron confirmadas por Mogadiscio (1993). Tanto en Beirut como en Mogadiscio, los americanos se retiraron rápida y completamente tras un ataque mortífero contra ellos, cuando estaban ahí como parte de una misión de las Naciones Unidas. El mensaje fue comprendido y explicado: “golpéales, y huirán”. Este es el curso de los acontecimientos que condujeron al 11-S. Este ataque claramente pretendía dar término a la primera secuencia y comienzo a la nueva, llevando la guerra al corazón del campo enemigo.

\*\*\*

A ojos de una minoría de musulmanes fanática y decidida, la tercera oleada de ataques sobre Europa claramente ha comenzado. No deberíamos engañarnos sobre lo que es y lo que significa. Esta vez está adoptando formas diferentes y dos en particular: terror y emigración.

El terror forma parte integrante del problema aún mayor que es la violencia y le sirve de utilidad en la causa de la religión. El Islam no comparte las aspiraciones pacifistas de los primeros cristianos, a pesar de lo que algunos quieran hacernos creer. La teología y la ley islámica, como la práctica cristiana a pesar de la teoría, reconocen la guerra como un hecho de la vida y en algunas situaciones la elogian e incluso la exigen. Según la visión tradicional, el mundo está dividido en dos, la casa del Islam donde prevalece la ley y las normas islamistas, y el resto, conocido como Dar al-Harb, la casa de la guerra. Más tarde y durante algún tiempo se introdujeron algunas categorías intermedias para designar regimenes con autonomía limitada bajo un protectorado musulmán.

Guerra no significa terror. La enseñanza islamista, y específicamente la ley islamista, regula la conducta de la guerra, exigiendo el respeto a las leyes de la guerra y el trato humano de mujeres, niños y resto de no combatientes. No aprueban las acciones que hoy consideramos terroristas. La

doctrina y la ley islámica prohíben el suicidio, se considera un pecado capital que da lugar a la condena eterna. Según las enseñanzas islámicas, incluso si se ha llevado una vida de virtud infatigable, el suicidio impedirá la entrada en el paraíso y enviará a la persona al infierno, donde el castigo consistirá en la repetición eterna del acto a través del cual se suicidó.

Estas reglas y creencias generalmente se respetaban en la época clásica del Islam. Hoy han sido erosionadas, reinterpretadas y explicadas por las diversas escuelas actuales del Islam radical. Los jóvenes, hombres y mujeres, que cometen estos actos de terror deberían informarse más sobre las doctrinas y tradiciones de su propia fe. Desafortunadamente no lo hacen; en cambio, el hombre-bomba suicida y otros tipos de terroristas se han convertido en modelos de conducta, entusiastamente seguidos por cantidades cada vez mayores de jóvenes hombres y mujeres frustrados y enfadados.

La otra forma, más relevante para Europa, es la emigración. Hace algún tiempo, que un musulmán se fuese voluntariamente a un país no musulmán habría sido algo impensable. Los juristas discuten la cuestión de los musulmanes que viven bajo normas no musulmanas en los libros de texto y los manuales de la *Sharia*, pero de forma diferente: ¿Puede un musulmán vivir o incluso visitar un país no musulmán? Y si lo hace, ¿qué debería hacer? En términos generales esto se consideraba bajo ciertos encabezados específicos.

El primer caso es el de los cautivos o prisioneros de guerra. Obviamente no tienen elección, pero deberán preservar su fe y regresar a casa lo antes posible.

El segundo caso es el de un no creyente en la tierra de los no creyentes que ve la luz y abraza la fe real, es decir, se convierte en musulmán. Deberá abandonar el país lo antes posible y trasladarse a un país musulmán.

El tercer caso es el de un visitante. Durante mucho tiempo, el único objetivo que se consideró legítimo era el de recuperar prisioneros por medio de rescates. Más tarde esto se extendió a misiones diplomáticas y comerciales.

Con el avance del contraataque europeo, se presentaba un nuevo caso a este debate recurrente. ¿Cuál deberá ser la posición de un musulmán si su país es conquistado por infieles? ¿Deberá irse o quedarse?

Tenemos algunas disquisiciones interesantes acerca de estas cuestiones, tras la conquista normanda de la Sicilia musulmana en el siglo XI, y sobre todo de finales del siglo XV, cuando se completó la reconquista de España y los juristas marroquíes discutían esta cuestión. Preguntaban si los musulmanes podían quedarse. La respuesta general era que no, no podían. Se preguntó entonces, ¿podrían quedarse si el gobierno cristiano en el poder fuera tolerante? (esto demostró ser una cuestión puramente hipotética, claro). La respuesta seguía siendo que no, que no podían quedarse porque la tentación de apostasía sería aún mayor. Debían irse y esperar que con el tiempo y la ayuda de Dios pudiesen reconquistar sus hogares y restaurar la fe verdadera.

Esta fue la posición tomada por la mayor parte de juristas. Hubo algunos, al principio una minoría, posteriormente un grupo más importante, que dijeron que sería permisible para los musulmanes quedarse siempre que se cumplieran ciertas condiciones, básicamente que se les permitiera practicar su fe. Esto plantea otra cuestión: ¿qué quiere decir practicar su fe? Aquí debemos recordar que estamos tratando no sólo con una religión diferente sino con un concepto diferente de lo que es la religión, especialmente con respecto a la *Sharia*, la ley sagrada del Islam, que cubre una amplia variedad de temas considerados laicos por el mundo cristiano, incluso durante la era medieval, y desde luego en lo que algunos llaman la era postcristiana del mundo occidental.

Todas estas disquisiciones giran alrededor de los problemas de un musulmán que, por alguna razón, se encuentra bajo dominación infiel. La única cuestión que parece que nunca se les pasó por la cabeza a ninguno de estos juristas clásicos fue que un musulmán pudiera, por voluntad propia, dejar la casa del Islam e irse a vivir, permanentemente, a tierra infiel, a la casa de la guerra, bajo dominio infiel. Sin embargo, esto es lo que viene sucediendo, a escala cada vez mayor, en tiempos recientes y actuales.

Evidentemente, hoy hay muchas atracciones que traen a los musulmanes a Europa, sobre todo en vista del empobrecimiento económico creciente de gran parte del mundo musulmán y del empeoramiento de la rapacidad y tiranía de muchos de sus gobernantes. Europa ofrece oportunidades de empleo e incluso subsidios de desempleo. Los inmigrantes musulmanes también disfrutaban de una libertad de expresión y niveles de educación que en casa no tienen. Incluso los terroristas tienen mucha más libertad de preparación y operación en Europa, y hasta cierto punto también en América, que la que tienen en la mayoría de tierras islámicas.

Hay otros factores de importancia en la situación actual. Uno es el nuevo radicalismo en el mundo islamista, que adopta diversas formas: el sunnismo, especialmente wahhabista, y el chiísmo iraní, que data de la revolución iraní. Ambos se están convirtiendo en factores de enorme importancia. Sufrimos la extraña paradoja de que el peligro del islamismo y el terrorismo fundamentalista es mayor en Europa y América de lo que lo es en la mayor parte de Oriente Medio y el norte de África, cuyos gobernantes son más hábiles y tienen menos inhibiciones para controlar a sus extremistas que los occidentales. Sin embargo, cada vez más musulmanes comienzan a ver el fundamentalismo islamista como un peligro mayor para el Islam que para Occidente.

La rama sunní es mayoritariamente wahhabista, una versión radical del Islam que apareció por primera vez en el remoto distrito de Najd, en Arabia, en el siglo XVIII. Entre los que se convirtieron al wahhabismo estaba la casa de Saud, jefes de las tribus locales. Con la conquista saudí de Hiyaz a mediados de los años 20 y la formación del reino árabe saudí, lo que al principio sólo era un sector extremista en un país marginal, se convirtió en una de las mayores fuerzas en todas las tierras del Islam y más allá. El wahhabismo se ha beneficiado mucho del prestigio, influencia y poder de la casa de Saud como los controladores de los sitios sagrados del Islam, del peregrinaje anual y de la enorme riqueza que el petróleo ha puesto a su disposición.

La revolución iraní es diferente. El término revolución se usa con mucha frecuencia en Oriente Medio. Es prácticamente el único título de le-

gitimidad generalmente aceptado. Pero la revolución iraní fue una revolución verdadera en el sentido en que usamos esa palabra para las revoluciones francesa y rusa. Al igual que la revolución francesa y rusa en su día, ha tenido un gran impacto en toda la zona en la que los iraníes comparten un mismo universo de discurso, es decir, en todo el mundo islámico, chíí y sunní, en Oriente Medio y mucho más allá.

Otra cuestión muy discutida en la actualidad es la de la asimilación. ¿En qué medida es posible para los emigrantes musulmanes que se han establecido en Europa, Norteamérica y resto de países, convertirse en parte de los países en los que se han establecido, de la misma forma que lo han hecho tantas otras olas de inmigrantes?

Hay varios puntos que deben considerarse. Uno de ellos consiste en las diferencias básicas entre lo que exactamente se pretende y lo que se entiende por asimilación. Existe aquí uno de los contrastes más obvios e inmediatos entre la situación europea y americana. Para que un inmigrante se convierta en americano se necesita un cambio de lealtad política. Para que un inmigrante se convierta en francés o alemán se necesita un cambio de identidad étnica. Cambiar de lealtad política es evidentemente más sencillo y más práctico que cambiar de identidad étnica, ya sea de sentimientos o de medida de aceptación. Durante mucho tiempo, Inglaterra tuvo las dos opciones. Un inmigrante nacionalizado se convertía en británico pero no en inglés.

He mencionado anteriormente la importante diferencia que existe entre lo que cada uno entiende por religión. Para los musulmanes, cubre toda una variedad de asuntos diferentes, normalmente se conoce como la ley de familia o de estatus personal; el matrimonio, divorcio y herencia son los ejemplos más obvios. Desde la antigüedad, muchos de estos temas han sido considerados laicos por el mundo occidental. La distinción entre Iglesia y Estado, espiritual y temporal, eclesiástico y laico, son conceptos cristianos que no tienen lugar en la historia islámica y, por lo tanto, es complicado de entender para los musulmanes, incluso en la actualidad. Ni siquiera disponían de vocabulario para expresarlo hasta la llegada de los tiempos modernos. Ahora sí.

¿Cuáles son las respuestas europeas ante esta situación? En Europa, al igual que en Estados Unidos, una respuesta frecuente es lo que se conoce como multiculturalismo y corrección política. En el mundo islámico no existen tales inhibiciones. Son muy conscientes de su identidad. Saben quiénes son y lo que quieren, una cualidad que muchos en Occidente parecen haber perdido. Esto es una fuente de fortaleza para uno, de debilidad para el otro.

Otra respuesta occidental popular es lo que algunas veces se denomina compromiso constructivo –hablemos con ellos, juntémonos todos y veamos que se puede hacer. Este enfoque data de tiempos remotos. Cuando Saladino reconquistó Jerusalén y otras ciudades de Tierra Santa, permitió que los mercaderes cristianos de Europa permaneciesen en los puertos donde se habían establecido bajo dominio cruzado. Parece que sintió la necesidad de justificarse, y escribió una carta al califa de Bagdad explicando su acción. Los mercaderes, dijo, eran útiles ya que “no hay ni uno de entre ellos que no traiga y no nos venda armas de guerra, en su perjuicio y en nuestro beneficio”. Esta actividad continuó durante las cruzadas y después. Incluso cuando las fuerzas otomanas se adentraban hacia el corazón de Europa, siempre podían encontrar mercaderes europeos dispuestos a venderles armas, y banqueros europeos dispuestos a financiar sus compras. Los proveedores modernos de armamento avanzado a Saddam Hussein ayer, y a los gobernantes de Irán hoy, continúan la tradición. El compromiso constructivo tiene una larga historia.

Las tentativas contemporáneas de diálogo también adoptan otras formas. Hemos sido testigos en nuestros días del extraordinario espectáculo de un Papa disculpándose ante los musulmanes por las Cruzadas. No me gustaría tener que defender la conducta de los cruzados, que fue verdaderamente atroz en muchos aspectos. Pero hay que mantener cierto sentido mínimo de la proporción. Ahora se espera que creamos que las Cruzadas fueron un acto injustificado de agresión contra un pacífico mundo musulmán. Dificilmente fue así. El primer llamamiento papal para acudir a las Cruzadas tuvo lugar en el 846 D.C., cuando una expedición naval de la Sicilia gobernada por árabes, calculada por los con-

temporáneos en 73 barcos y 10.000 hombres, subieron el Tíber y atacaron Roma. Tomaron brevemente Ostia y Porto, y saquearon la Basílica de San Pedro en Roma y la Catedral de San Pablo en el banco derecho del Tíber. En respuesta, un sínodo en Francia emitió un llamamiento a los soberanos cristianos para unirse contra “los enemigos de Cristo”, y el papa León IV, prometió una recompensa celestial a aquellos que muriesen peleando contra los musulmanes, promesa menos específica que la musulmana de la que probablemente era reflejo. Es práctica común en la guerra aprender del enemigo y, si fuere practicable, adoptar sus estrategias más eficaces.

Dos siglos y medio y muchas batallas más tarde, en 1096, los cruzados de hecho consiguieron llegar a Oriente Medio. Los cruzados fueron una imitación tardía, limitada e ineficaz de la *yihad*, una tentativa de recuperar mediante la guerra santa lo que se había perdido con la guerra santa. Falló y no se continuó con ello.

Un ejemplo asombroso del enfoque moderno nos llega de Francia. El 8 de octubre de 2002, el entonces Primer Ministro Jean-Pierre Raffarin pronunció un discurso en la Asamblea Nacional de Francia discutiendo la situación en Irak. Hablando de Saddam Hussein, mencionó que uno de los héroes de Saddam Hussein era su compatriota Saladino, que provenía de la misma población iraquí, Tikrit. Por si acaso los miembros de la Asamblea no estaban al corriente de la identidad de Saladino, el Sr. Raffarin les explicó que fue él el que consiguió “vencer a los cruzados y liberar Jerusalén”. Cuando un primer ministro católico francés describe la conquista de Jerusalén por Saladino, de manos de los cruzados que mayoritariamente eran franceses, como un acto de liberación, esto parecería indicar un caso bastante extremo de reajuste de lealtades o por lo menos de percepciones. Según el acta parlamentaria, cuando el Sr. Raffarin utilizó la palabra “liberar”, un parlamentario gritó: “*Libérer?*”, el primer ministro siguió, haciendo caso omiso. Ésta fue la única interrupción, y que yo sepa no hubo comentarios después.

Los islamistas fundamentalistas han encontrado algunos aliados en Europa. Para describirlos tendré que usar los términos “izquierda” y “dere-

cha”, términos que cada vez confunden más. La organización de los asientos en la primera Asamblea Nacional de Francia tras la Revolución no sigue las leyes de la naturaleza, pero nos hemos acostumbrado a utilizarlos. A menudo son confusos cuando se aplican a Occidente hoy en día. Son una completa tontería cuando se aplican a las diferentes ramas del Islam fundamentalista. Pero es lo que la gente utiliza, así que lo explicaremos así.

Los islamistas fundamentalistas resultan atractivos para la izquierda por los elementos antiamericanos en Europa, para quienes han reemplazado a los soviéticos. Resultan atractivos para la derecha por los elementos antisemitas en Europa, reemplazando a los nazis. Han sido capaces de obtener un apoyo considerable bajo ambos encabezamientos, a menudo de la misma gente. Para algunos en Europa, los odios aparentemente tienen más peso que las lealtades.

En Alemania hay una variación interesante, donde los musulmanes son mayoritariamente turcos. Ahí han tendido a equipararse con los judíos, a considerarse sus sucesores como víctimas del racismo y la persecución alemana. Recuerdo una reunión en Berlín acordada para hablar de las minorías musulmanas en Europa. Por la noche, un grupo de musulmanes turcos me pidió que me uniera a ellos y escuchase lo que ellos tenían que decir, y resultó ser muy interesante. La frase que más me marcó fue “en mil años ellos [los alemanes] fueron incapaces de aceptar 400.000 judíos. ¿Qué esperanza hay de que acepten dos millones de turcos?” A veces utilizan esta línea, manipulando los sentimientos de culpa alemanes para avanzar en su propia agenda.

Esto plantea la cuestión más amplia de la tolerancia. Con la finalización de la primera fase de la reconquista cristiana en España y Portugal, se obligó a los musulmanes –que en ese tiempo eran muy numerosos en las tierras reconquistadas– a elegir: bautismo, exilio o muerte. En las tierras anteriormente otomanas en el sureste de Europa, los líderes de lo que se podría denominar la segunda reconquista eran algo más tolerantes, pero no mucho más. Aún quedan algunas poblaciones musulmanas en los Balcanes, con problemas que continúan todavía hoy. Kosovo y Bosnia son los ejemplos más conocidos.



La cuestión de la tolerancia religiosa plantea nuevas e importantes cuestiones. En el pasado, durante las largas luchas entre musulmanes y cristianos en Europa oriental y occidental, había poca duda de que los musulmanes eran mucho más tolerantes con otras religiones y con la diversidad dentro de la suya propia, que los cristianos. En la cristiandad medieval occidental, las masacres y las expulsiones, las inquisiciones e inmolaciones eran corrientes; con el Islam eran atípicas y poco frecuentes. La emigración de los refugiados en esa época era de Oeste a Este por abrumadora mayoría, y no, como ocurrió después, de Este a Oeste. Cierto, los sujetos no musulmanes en un Estado musulmán sufrían ciertas desventajas, pero su situación era inmensamente mejor que la de los no creyentes y la de los herejes en la Europa cristiana.

Estas desventajas, aceptables en el pasado, entraban cada vez más en conflicto con las nociones democráticas sobre la coexistencia civilizada. Ya en 1689, el filósofo John Locke, en su *Carta sobre la tolerancia*, escribió que “ni los paganos, ni los mahometanos, ni los judíos deberían ser excluidos de los derechos civiles del Estado a causa de su religión”. En 1790, George Washington, en una carta al líder de una comunidad judía en Newport (Rhode Island) fue más allá todavía, y desestimó la propia idea de la tolerancia por considerarla esencialmente intolerante, “como si fuera gracias a la indulgencia de una clase de gente que los otros pueden disfrutar de unos derechos inherentes naturales que le son propios”.

A finales del siglo XVII la situación práctica estaba mucho mejor en Europa occidental que en tierras islámicas. Y desde ese momento la primera fue mejorando, y la segunda empeorando. La discriminación y la persecución no desapareció de Occidente pero, a excepción del flagrante interludio nazi en la Europa continental, la situación de las minorías religiosas estaba mejor en el confiado y adelantado Occidente que en el amenazado y retirado Oriente.

Los musulmanes, y también muchos de sus compatriotas no musulmanes, no lo veían de esa forma, sino que pensaban en la tolerancia con

términos algo diferentes. Cuando los inmigrantes musulmanes venían a vivir a Europa tenían ciertas expectativas, una idea de que tenían derecho a recibir al menos el mismo grado de tolerancia que ellos habían concedido a los no musulmanes en los grandes imperios musulmanes del pasado. Tanto sus expectativas como su experiencia fueron muy diferentes.

Al venir a países europeos obtuvieron más pero también menos de lo que esperaban. Más porque obtenían en teoría, y a menudo también en la práctica, igualdad de derechos políticos, igual acceso a las profesiones, seguridad social, libertad de expresión, y otras prestaciones.

Pero también obtuvieron significativamente menos de lo que ellos habían otorgado en los Estados islámicos tradicionales. En el Imperio Otomano y otros Estados anteriores –menciono el Imperio Otomano por ser el más reciente– las comunidades no musulmanas tenían organizaciones separadas y se encargaban de sus propios asuntos. Cobraban sus propios impuestos y exigían el cumplimiento de sus propias leyes. Existían varias comunidades cristianas, cada una viviendo bajo su propio mandato, reconocido por el Estado. Estas comunidades dirigían sus propias escuelas y sistemas educativos, y administraban sus propias leyes en asuntos tales como el matrimonio, divorcio y herencia, así como en la observancia religiosa debida. Los judíos hacían lo mismo.

Así que se podía dar la situación de que tres hombres viviendo en la misma calle, podían morir y sus propiedades ser distribuidas por tres sistemas jurídicos diferentes si uno de ellos resultaba ser judío, otro cristiano y otro musulmán. Un judío podía ser castigado por un tribunal hebreo y encarcelado por violar el *Sabbath* o por comer durante el *Yom Kippur*. Un cristiano podía ser arrestado y encarcelado por tomar una segunda esposa; la bigamia es un delito cristiano, no lo era para los islámicos ni los otomanos. Con este mismo razonamiento, los judíos y los cristianos estaban exentos de las normas distintivamente islámicas. Se les permitía comer, incluso en público, durante el mes sagrado del *Ramadan*. Se les permitía fabricar, vender, servir y beber vino, siempre que hicieran estas cosas entre ellos. Algunos documentos de los archivos otomanos discu-

ten un problema que aparentemente preocupaba a las autoridades judiciales: cómo prevenir que los invitados musulmanes bebiesen vino en las bodas cristianas y judías. La solución más simple y obvia –imponer la prohibición de alcohol a todos– aparentemente ni se planteaba.

Los musulmanes no tienen ese grado de independencia en su propia vida social y jurídica en el Estado moderno y laico. Indudablemente es poco realista por su parte esperarlo, dada la naturaleza de los Estados modernos, pero ellos no lo ven así. Consideran que tienen el derecho a recibir en la misma medida que dieron. Se dice que un musulmán en Europa comentó, supuestamente de broma, “nosotros os permitimos practicar la monogamia e incluso obligar a que se cumpliese; ¿por qué no deberíais permitirnos practicar la poligamia?”.

Las cuestiones de este tipo, la poligamia en especial, plantea importantes cuestiones de naturaleza más práctica. ¿No tiene un inmigrante al que se le permite ir a Francia o Alemania derecho a llevarse su familia con él? ¿Pero en quién consiste exactamente su familia? Exigen y obtienen permiso cada vez más a menudo para traerse varias esposas. La misma norma también se está extendiendo a las prestaciones sociales y de otro tipo.

El contraste en la situación de las mujeres en las dos sociedades religiosamente definidas ha sido un asunto delicado, especialmente en la época de la derrota y el retroceso musulmán. Mediante su derrota en la guerra, los musulmanes fueron plenamente conscientes de que habían perdido su supremacía en el mundo. A través del aumento del control y de la influencia de Europa, incluida la emancipación de sus sujetos no musulmanes, perdieron la supremacía en su propio país. Con la emancipación de la mujer, de inspiración europea, se consideraron en peligro de perder la supremacía incluso en su propia casa.

La aceptación o rechazo del gobierno de la *Sharia* entre los musulmanes de Europa plantea la importante cuestión de la jurisdicción. En la visión jurídica tradicional de los sunníes, la *Sharia* formaba parte de la soberanía y jurisdicción musulmana y, por lo tanto, únicamente se apli-

caba en la casa del Islam, es decir, en países con gobierno musulmán. Una minoría de sunníes y una mayoría de chiíes consideraron que la *Sharia* también debía aplicarse a los musulmanes fuera de la casa del Islam, y que debía obligarse a su cumplimiento siempre que ello fuera posible.

Pero en ningún momento, hasta hace bien poco, se le ocurrió a ninguna autoridad musulmana plantear la posibilidad de que la ley de la *Sharia* se pudiese aplicar a los no musulmanes de países no musulmanes. La primera instancia de este nuevo enfoque la tuvimos cuando el Ayatollah Jomeini en Irán decretó una sentencia de muerte por el delito de insultar al profeta, no sólo para el autor musulmán Salman Rushdie que vivía en Londres en ese momento, sino también para todos aquellos involucrados en la preparación, producción y distribución del libro, es decir, para los redactores, encargados de imprenta, editores y libreros ingleses y, es de suponer, no musulmanes. Esto fue seguido de cada vez más tentativas de imponer la ley de la *Sharia* en Europa, y más recientemente, en otros lugares de establecimiento musulmán. Un ejemplo notable fue la respuesta musulmana a las famosas o dichas caricaturas danesas. No menos sorprendente fueron las respuestas europeas frente al enojo musulmán y su exigencia de castigo, alternaban entre la más leve reprobación hasta la más fuerte aquiescencia.

\*\*\*

¿Y dónde se encuentra Europa ahora? ¿A la tercera va la vencida? No es imposible. Los musulmanes disponen de ciertas ventajas indudables. Tiene fervor y convicción, algo que en la mayor parte de los países occidentales no existe o es más bien débil. La mayoría de ellos están convencidos de lo correcto de su causa, mientras que los occidentales pasan gran parte de su tiempo en la autodenigración y autohumillación. Tienen lealtad y disciplina, y quizá lo más importante de todo sea que tienen demografía –la combinación del aumento natural y la emigración ha producido grandes cambios en la cantidad de población– que podrían conducir en un futuro próximo a mayorías musulmanas significativas en al menos algunas ciudades europeas o incluso países.

El filósofo sirio Sadiq al-Azm ha comentado que la cuestión pendiente sobre el futuro de Europa es: “¿Será una Europa islamizada, o un Islam europeizado?”. La formulación es persuasiva y mucho dependerá de la respuesta.

Pero Occidente también dispone de algunas ventajas, siendo las más importantes el conocimiento y la libertad. El atractivo del conocimiento genuinamente moderno en una sociedad que, en un pasado más distante, disponía de una larga historia de logros científicos y académicos es evidente. Los musulmanes de hoy en día son plena y dolorosamente conscientes de su relativo retraso comparado con su propio pasado y el presente de sus rivales, y muchos darían la bienvenida a la oportunidad de rectificarlo.

Menos evidente quizá pero también poderoso es el atractivo de la libertad. En el pasado, en el mundo islámico, la palabra libertad no se utilizaba en sentido político. La libertad era un concepto jurídico. Uno era libre si no era esclavo. Los musulmanes no utilizaban la libertad y la esclavitud como metáfora del buen o mal gobierno, como nosotros hemos hecho durante tanto tiempo en el mundo occidental. Los términos que ellos utilizaban para denotar un buen o mal gobierno eran justicia e injusticia. Un buen gobierno es un gobierno justo, uno en el que la ley sagrada, con sus limitaciones por la autoridad soberana, se aplica estrictamente. La tradición islámica, en teoría y, en gran parte en la práctica hasta el comienzo de la era moderna, rechaza enfáticamente el gobierno despótico y arbitrario. El estilo moderno de dictadura que florece en muchos países musulmanes es una innovación, y en gran medida una importación de Europa; primero, sin mala intención a través del proceso de modernización, fortaleciendo la autoridad central y debilitando aquellos elementos de la sociedad que previamente la habían constreñido; segundo, a través de las sucesivas fases de influencia y ejemplo nazi y soviético.

Vivir con justicia, en la escala tradicional de valores, es el enfoque más cercano a lo que en Occidente llaman libertad. Pero con la propagación de las dictaduras de corte europeo, la idea de libertad en su in-

terpretación occidental también está progresando en el mundo islamista. Se comprende mejor, se aprecia más y se desea más ardientemente. Quizá sea, a la larga, nuestra mejor esperanza de sobrevivir a esta última etapa, en algunos aspectos la etapa más peligrosa, de una lucha que ya tiene catorce siglos.